



curso de su dolencia hace este el ministro de la Gobernación...

dad militar había dispuesto que un plique de infantería diera la guardia al general Martínez Campos...

EJECUCION DEL SOLDADO F. LAHOZ, POR MUERTE AL CAPITAN ROJO.

Vicálvaro, 28 (5 mañana).

Ya supondreis, queridos compañeros, el triste motivo que me ha traído aquí: la ejecución de un soldado que ha cometido un horrendo crimen...

Acabo de salir de la capilla, donde el infeliz espera la fatal hora en que ha de expiar su terrible delito...

Francisco Lahoz Yuste es natural de Beteta, provincia de Cuenca, y quinto de 1878. Sus padres residen en Molina de Aragón...

El infeliz Lahoz no había tampoco dado serios motivos de prevención hasta cometer su crimen. Ha sido un buen soldado, acaudalado e inteligente...

A las seis de la mañana del día siguiente, ó sea del 24, se presentó Lahoz en casa de su amo en el momento en que el asistente de otro compañero de su capitán iba a la compra...

haba de cometer Lahoz, según declaración espontánea del mismo. —He muerto al capitán Rojo,—decía.—Me he perdido.

La puerta de la calle y la de la habitación se habían cerrado con llave el asesino antes de llevar á cabo su criminal propósito...

Me visto la habitación en que tuvo lugar el sangriento drama. Horrорizan los detalles que en ella se observan.

Penetremos en la morada. Hemos subido unos 20 escalones, entramos en el cuarto que está á la izquierda, que es el que ocupaba el Lahoz...

Consta en autos, por haberlo declarado así el reo, que al marcharse el asistente Rodrigo á la compra...

Lo que debió ocurrir, no lo sé de una manera positiva, pero hecon suponer el chorro de sangre en el suelo...

El aspecto de este aposento es horrible; todo está en completo desorden, los cristales rotos, las sillas y el velador por el suelo...

Las heridas eran mortales en su mayoría. He aquí lo que he podido averiguar: La cabeza presentaba 15 heridas...

ma en la espina de la tibia, otra en el tobillo con fractura de este y algunas más que demostraban el ensañamiento cruel del agresor.

Francisco Lahoz Yuste fué trasladado al cuartel en una camilla y encerrado en el calabozo donde se encuentra.

El fiscal, capitán graduado ayudante D. Manuel Cortés, ha ejercido sus funciones cual corresponde á sus condiciones de joven activo e ilustrado.

Desde los primeros instantes conocía el acusado el fin fatal que le esperaba y por ello, según ha declarado, se arrojó por el balcón con ánimo de matarse.

En el acto de ser notificada manifestéose un poco emocionado, diciendo que solo lo sentía por sus padres, que ninguna culpa tenían de su arrebatado...

El fiscal entregó el reo al capellan del regimiento D. Andrés Meneses y al defensor Sr. Asensio, bajo la responsabilidad del oficial de guardia.

Al salir ayer del puerto de Bilbao el vapor James Broche reventó la caldera causando un muerto y dos heridos graves.

Los señores Posada Herrera y Sagasta han conferenciado esta tarde en el salón del Congreso antes de entrar en el salón de sesiones.

El vapor correo Mendez Nuñez ha llegado sin novedad á Puerto-Rico y continúa su viaje á la Habana.

El fiscal de imprenta de Valencia ha denunciado el número de ayer del periódico de aquella localidad, el Comercio, por la publicación de un suelto que empieza: «Volvímos», y termina: «terrible mal».

El día 26 llegó á Granada el señor D. Arsenio Martínez Campos, acompañado del señor general Riquelme, en cuya casa se han hospedado. La autorización de su dolencia hace este el ministro de la Gobernación...

morfosis en el espíritu del reo, que rompió en un copioso llanto.

A las diez y media se echó en la cama y se puso á disposición del sacerdote para confesarse.

El cura le ha preguntado si necesitaba reconciliarse y ha contestado: «Estoy tranquilo».

Poco después le han traído el fiscal y el defensor la ropa de primera puesta par vestirse, y lo ha hecho con asombrosa presteza...

Se ha quitado las trabillas del pantalón, y como le advirtiera uno de los hermanos que podía dejarlas, ha dicho: «Para ir á pie, arrastrando, no hacen falta; á otro le servirán mejor».

Poco después se ha hecho, según costumbre, el recibimiento por el secretario de la Hermandad, mandando pagar ciertas deudas, importando todas 40 rs., 10 para la lavandera, 10 para la patrona y 20 al zapatero...

El no ha firmado el testamento con pulso seguro. La Paz y Caridad ha recogido en el cuartel 316 reales, y en la población 166, entregándole la cuarta parte al coronel del cuerpo para que la envíe á su familia...

A las siete ha oído misa, arrodillado, en el centro de la capilla, y ha comulgado con resignación cristiana.

Después de la misa ha tomado chocolate con bizcochos, y á las once ha almorzado. A esta hora continúa tranquilo, entregado á la meditación, auxiliado por los sacerdotes.

Han llegado las fuerzas que han de formar el cuadro. Dentro de tres horas habrá dejado de existir.

«Que Dios te perdone!»

Vicálvaro, 28 (8-30 tarde). Dije al cerrar mi última que había llegado la fuerza que debía cerrar el cuadro y debo añadir un curioso detalle...

A las nueve rogó se le permitiera despedirse de dos paisanos suyos que hay en el regimiento. Se le concedió y habló con ellos con ánimo tranquilo...

Poco después entraron en la capilla el coronel y el teniente coronel, á quienes pidió le perdonaran, pues había cometido el crimen ofuscado y ciego.

En este instante se operó una gran metamorfosis en el espíritu del reo, que rompió en un copioso llanto.

A las diez y media se echó en la cama y se puso á disposición del sacerdote para confesarse.

El cura le ha preguntado si necesitaba reconciliarse y ha contestado: «Estoy tranquilo».

Poco después le han traído el fiscal y el defensor la ropa de primera puesta par vestirse, y lo ha hecho con asombrosa presteza...

Se ha quitado las trabillas del pantalón, y como le advirtiera uno de los hermanos que podía dejarlas, ha dicho: «Para ir á pie, arrastrando, no hacen falta; á otro le servirán mejor».

Poco después se ha hecho, según costumbre, el recibimiento por el secretario de la Hermandad, mandando pagar ciertas deudas, importando todas 40 rs., 10 para la lavandera, 10 para la patrona y 20 al zapatero...

EDICION DE LA TARDE DE HOY 28 DE ENERO.

Suponen algunos periódicos que han sido detenidas en Madrid algunas personas á consecuencia de la conspiración internacionalista descubierta en Barcelona. No es exacto.

Los señores Posada Herrera y Sagasta han conferenciado esta tarde en el salón del Congreso antes de entrar en el salón de sesiones.

El vapor correo Mendez Nuñez ha llegado sin novedad á Puerto-Rico y continúa su viaje á la Habana.

El fiscal de imprenta de Valencia ha denunciado el número de ayer del periódico de aquella localidad, el Comercio, por la publicación de un suelto que empieza: «Volvímos», y termina: «terrible mal».

El día 26 llegó á Granada el señor D. Arsenio Martínez Campos, acompañado del señor general Riquelme, en cuya casa se han hospedado. La autorización...

EL CAPITAN LA CHESNAYE.

«¿Qué poder tan grande!—decía Sulpicio estasiándose.—¿Cuando yo afirmaba que era amigo de Satanás! La Chesnaye no es un hombre, ¡es el diablo!»

«¡Bravo! ¡Muy bien!»—gritaron sus súbditos.

«La segunda,—continuó el orador,—fundamentase en la necesidad que tenía de saber quiénes son los que me aman y á quienes debo considerar y tratar como á enemigos. Y es la tercera y por último, que he querido burlarme á la luz del día de la justicia toda del reino y hacer constar de tan ruidoso modo la magnitud de mi poder, que de aquí en adelante nadie sea osado á contrariarme ni á ponerle en duda siquiera. Así, pues, hampones, si queréis que La Chesnaye os perdone, haced cuanto en vuestra mano esté por salvarle. Y cuenta que, si no le salvais, se salvará él solo, porque la muerte no tiene poder alguno sobre él; pero, ¡guay de vosotros! En vez de un protector omnipotente tendréis en él un enemigo implacable.»

«¡Así, dejemos todos la piel, obedecemos la señal convenida!»—vociferó el gran coesre.

«¡Viva La Chesnaye!»—gritaban los arqueros.—gritaban por todos los ámbitos de la sala.

«Preparaos, pues, y apenas llegue el momento, manos á la obra!»—dijo La Chesnaye saltando al suelo.

Los hampones se lanzaron á su lado para rodearle; pero huyendo rápido de la espesura de ovación que le esperaba, el capitán desapareció por la puerta por la cual había entrado.

«¡Viva La Chesnaye!»—gritaba mezclándose sucesivamente á todos los grupos.—«Si lo decía yo, que no era posible que se hubiera dejado prender de una manera tan tonta.»

«¡Fuerza es lavar nuestras culpas!»—Y obedecerle de aquí en adelante!»—Y salvarlo, para que se convenza de nuestra fidelidad!»

«¡Ojo á la señal!»—«¡Preparémonos!»—«¡A muerte los arqueros, el preboste y los exentos!»

«¡Viva La Chesnaye!»—gritó el coesre en medio del general tumulto.

«¡Viva La Chesnaye!»—repitió como un solo hombre aquel congreso de picaros.

En aquel momento, formidable expresión de gritos, de bravos y de vociferaciones estalló fuera del aposento. La plaza del Mercado parecía ser presa de espantosa furia, y los clamores de la multitud en ella hacían llegar á ser tales, que los hampones que se hallaban en la casa en donde acababa de aparecerse La Chesnaye, tomaron el partido de callarse, ante la imposibilidad de que sus palabras pudieran ser oídas.

«¡La Chesnaye!»—«¡La Chesnaye!»—gritaban en la plaza.—«¡Por fin!... ¡Ahí está!... ¡Plaza al cortejo!»

«¡Atención!»—dijo volviéndose á sus súbditos.—«¡Aquí está el cortejo que desemboca en la plaza!... ¡Aquí están los exentos, los arqueros, el verdugo y sus ayudantes... aquí está el chirrión en donde vá á atacar La Chesnaye!... ¡Atención! ¡Hampones, preparad vuestras armas! ¡Llegó el momento de obrar! ¡Silencio!»

La asamblea de los tunos obedeció. Cada cual calló, ocupándose unos de su daga, otros de su maza, algunos de su espada. Pedro el Acogotador blandía una franca enorme, Tallobot y Sulpicio se desahogaban de su colección de muletas, para armarse el uno con una hacha corta, y el otro con un largo cuchillo de cocina.

EL CAPITAN LA CHESNAYE.

guaba la fuerza muscular de sus huesudos brazos.

Juan limpiaba un montante, y Santiago el Chocarrero hacía girar por encima de su cabeza una larga cuerda de tres cabos, cada uno de los cuales estaba provisto de una gran piedra de águdos ángulos, arma ofensiva, terrible en las ágiles manos del que la manejaba.

El gran coesre estaba apoyado en una espesura de viga, su medio favorito de ataque y de defensa; viga que terminaba en una bola toda herizada de cabezas de clavos puntiagudas y muy pulimentadas. Era la maza de armas de la caballería andante en toda su terrible sencillez, sin el menor ornato ni la más mínima compostura.

Los hampones se habían replegado en el centro de la sala, y esperaban á que se abriesen las ventanas, prontos á saltar por estas apenas el verdugo diera la señal convenida.

«¡Hampones!»—les dijo el jefe de la corte de los Milagros;—«atended de las órdenes de La Chesnaye. Así que esté en la plataforma, y en el momento en que el verdugo coja la cuerda, lanzaos á la plaza como un rayo, veloces y mortíferos. ¡Estrechad vuestras filas! ¡Sus, y al catalso! ¡Adelante la Llamita!»

Los hampones no respondieron; pero su actitud probaba suficientemente que estaban dispuestos á obrar.

El gran coesre estaba colocado cerca de una de las ventanas; Pedro el Acogotador y Tallobot el Jorobado se hallaban junto á las otras dos.

«¡Apagad las lámparas!»—dijo el coesre. La sala quedó sumida en profunda oscuridad. En la plaza aumenta la intensidad y fuerza de los gritos. Si los hampones no veían el cortejo, sentían, por decirlo así, cómo se desfilaba.

«¡Abrid las ventanas!»—gritó el jefe empujando violentamente las maderas de las que estaba apoyado.

to de suplicio, y conocida en la ciudad con el nombre de la Posada de la Veleta.

Si el día en que debía tener lugar la ejecución del capitán La Chesnaye las demás casas de la plaza estaban atestadas de curiosos, amontonados en todos sus huecos, la Posada de la Veleta amenazaba verse abajado con el peso de los huéspedes que habían invadido sus tres pisos.

Desde la planta baja, en donde estaban las cocinas y la sala común, hasta las guardillas, ordinaria merced de los lacayos y de las criadas, y aun hasta el mismo pñon, en tan doña chirriaba la veleta, la casa estaba atestada de gente que parecía imposible pudiera soportar su peso.

En el primer piso, un balcon corrido, cuya saliente formaba á la vez sobradillo y marquesina encima de la puerta de entrada, se hallaba ¡cosa rara! enteramente vacío.

Aquel balcon comunicaba con el salon principal de la casa por tres huecos, á la sazón herméticamente cerrados, sin duda á causa del frío que al aire libre se sentía, pero que no debían tardar en abrirse para dar paso á los huéspedes de la posada, cuya presencia se divisaba desde fuera á través de los vidrios.

En el momento en que Pedro el Acogotador, Tallobot el Jorobado, Jacoba, Matías, Juan de la Horca y Santiago el Chocarrero escuchaban en la plaza el relato de Sulpicio Patas Torcidas, es decir, algunos minutos antes de la llegada del gran coesre y de la entrada de los hampones en la casa en que los hemos dejado, once personas se hallaban en varios grupos en el salon del primer piso, cuatro sentadas al amor de la lumbre, que chisporroteaba alegremente en la alta chimenea; tres de pie cerca de las ventanas y mirando el golpe de vista que presentaba la plaza, y las otras cuatro sentadas en los ángulos, entregadas á profundas reflexiones ó esperando impacientes.

De estas once personas, nueve se cuentan en el número de nuestros antiguos conocidos y han jugado en nuestro relato asaz importante papel para que nuestros lectores las hayan dado al olvido.

Los tres individuos que estaban apoyados eran el joven baron de Grandair, el señor Don Santiago de Aumont y el marqués de Herbaut.

El marqués no había cambiado lo más mínimo en los nueve meses trascurridos; pero no había sucedido lo mismo con el preboste y el baron.



